

Toro Cofrade Semana Santa 2017

*Fiesta de Interés
Turístico Regional*
nº11



Saluda

• Junta Pro Semana Santa de Toro

Abril, primavera, Semana Santa y... no faltan quienes piden escaleras para subir al madero, para quitarle los clavos a Jesús el Nazareno (La Saeta. Machado).

Sin lugar a dudas con la llegada de la Semana Santa nos encontramos ante una de las celebraciones más importante del cristianismo. Nosotros en Toro así lo entendemos y rememoramos esta efemérides con Fé renovada en nuestras creencias heredadas de nuestros antecesores, fortalecida por nuestra propia convicción.

En estos días de Pasión no pocos (mujeres y hombres y no solo en sus Cofradías y Asociaciones) serán los que desearan convertirse en aquellos José de Arimatea y Nicodemus que desclavaron al Nazareno de la prisión de su Cruz. La Semana Santa en Toro la celebramos con la austeridad propia de la tierra y nuestros desfiles procesionales son el reflejo de nuestro compromiso con la religión que practicamos. Trabajando en recuperar actos y tradiciones de tiempos pasados

A través de Toro Cofrade, queremos dar a conocer los hechos, historia y situaciones de la Semana Santa, sin olvidarnos de esa lírica que la propia celebración propone, que de una forma u otra constatan las tradiciones conservadas a través de los tiempos y de las gentes.

Desde este púlpito que ofrece Toro Cofrade, además de saludar, invitamos a nuestros conciudadanos y a todo aquel que nos visita al disfrute de nuestros actos desde todos los puntos de vista; ante todo espiritual, pues rememoramos la muerte y resurrección de Cristo, que muerto... volverá a nuestro huerto y a nuestra higuera por los altos andamios de las flores... (M. Hernández)

Una vez más agradecer a todos los colaboradores, que desinteresadamente, hacen que esta publicación que ve la luz, sea la décimaprimer edición de Toro Cofrade.



Sumario

Saluda Junta Pro Semana Santa de Toro	3
Saluda del Párroco, José Luis Miranda Domínguez	7
La Cofradía de Jesús Nazareno y Ánimas de la Campanilla tras el incendio de La iglesia de Santa Catalina (1957-1958). Crescencio Álvarez Vinagre	8
Redescubriendo al Cristo del Amparo. M ^a Ángeles García Hernández	12
Cargar con las víctimas. Jose Luis Pinilla Martin S.J., Director de Migraciones CEM	17
Fotos para el recuerdo	20
Llanto por Cristo Muerto. David Rivas Domínguez	22
Crucifixión: del escándalo a la salvación. Francisco Javier Uceró Pérez	24
Toro, el abrazo de Cristo en la Cruz. Ana Pedrero	27
Conqueros, una promesa. Luis Felipe Delgado de Castro	28
La antigua Cofradía de las Angustias de Nuestra Señora: patrimonio, historia y su legado hoy. Roberto Castaño Joaquín, Delegado Episcopal para la Junta Pro Semana Santa de Toro	30
Las obras maestras de la Semana Santa de Toro. Tomás del Bien Sánchez	34



Edita: Junta Pro-Semana Santa

D.L.: ZA-20-2013

Autores de las fotos: Luís Falcón (portada), Crescencio Alvarez, Marisol Cámara (resto de fotos)



Tel.: 902 271 902
www.editorialmic.com



Saluda del Párroco

• José Luis Miranda Domínguez

Estamos ya en las vísperas del Triduo Pascual, corazón de la Semana Santa de este año 2017. La Iglesia nos invita, con los colores y aromas de la primavera, a adentrarnos en el misterio de nuestra Redención. Semana de Pasión, Semana Santa, Semana Grande las cofradías semanasanteras, llamémoslo como queramos, pero el objetivo de estos días sólo es uno, que nuestra mirada deje de centrarse en nosotros para concentrarse en Dios y en su amor a toda la humanidad.

Son muchos los momentos luminosos y cargados de significado que vamos a revivir una vez finalizado el camino cuaresmal. Uniéndonos a los últimos dolores de María, siguiendo de cerca al Señor en su entrada triunfal en Jerusalén, penetrándonos de los mismos sentimientos de Cristo, que intuye las oscuras maquinaciones del sanedrín judío y la cobardía cómplice de la autoridad romana. La Iglesia nos anima a vivir con el Señor la intimidad de la última Cena, la angustia del prendimiento, el dolor sin par de la flagelación, la coronación de espinas y el camino hacia el Calvario, la soledad y el abandono del Padre en el árbol de la Cruz y también la alegría inefable de su resurrección en el Domingo de Pascua.

Los que estáis metidos más de lleno en la vida de las cofradías, la Junta Pro Semana Santa, las distintas juntas directivas, las abadías en ejercicio,.. Sois bien conscientes de la labor ingente de estos días; jornadas incansables de preparativos y puesta en marcha de todo. Es muy difícil sustraerse a ese trajín que embota nuestras mentes y nuestros corazones y merma nuestras fuerzas. Confieso que a los curas nos sucede lo mismo.

Ojalá encontremos todos, en medio del ajetreo agobiante, algunos espacios de interiorización que nos ayuden a vivir y a saborear los misterios centrales de nuestra fe. Y

que procuremos vivir en el silencio, la oración y el calor de la liturgia esta nueva Pascua del Señor, es decir, el nuevo paso del Señor junto a nosotros.

Como os decía al comienzo, el fin principal de la Semana Santa es ubicarnos en el Misterio de Dios y el alcance significativo de nuestra Redención. Para ello tenemos que implicarnos con todas nuestras energías en el drama de la Pasión del Señor. La historia se repetiría tristemente entre nosotros, creyentes, si nos conformamos con ser meros espectadores, curiosos o indiferentes, o nos refugiámos simplemente en la visión estética o sentimentaloidé.

En el momento cumbre de la Pasión hay dos personajes que la viven con especial hondura. Son su madre, la Virgen María, y el apóstol San Juan. Ellos son un gran testimonio para nosotros, si queremos tener una vivencia intensa de la Pasión en este 2017. No huyen ni se esconden, ni se limitan a contemplar pasivamente. Unidos al corazón de Cristo doliente, le acompañan en su Viacrucis y permanecen valientemente en pie junto a la Cruz de Cristo agonizante en el Calvario, testigos para siempre de sus últimas palabras y de su último suspiro convertido en súplica confiada. Que ellos, María y Juan, nos alienten y acompañen en nuestra personal inmersión en los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.

Jesús nos está esperando, está llamando a nuestra puerta y nos pregunta ¿y todo esto para qué? ¿Qué incidencia y qué repercusión va a tener en nuestra vida? ¿Cómo nos va a ayudar en nuestro progreso continuo de conversión?.. En definitiva, que la catequesis de la Pasión del Señor nos haga pasar de la muerte a la vida, con-morir con Cristo para con-resucitar con Él.



La Cofradía de Jesús Nazareno y Ánimas de la Campanilla tras el incendio de La iglesia de Santa Catalina (1957-1958)

• Crescencio Álvarez Vinagre

El Jueves Santo del presente año se cumplen como es por todos conocido 60 años del incendio que arrasó la iglesia de Santa María de Roncesvalles y Santa Catalina perdiéndose entre otras muchas bondades artísticas el patrimonio acumulado durante siglos por la Cofradía de Jesús Nazareno y Animas de la Campanilla, Cofradía de San Roque y Cofradía de la Milagrosa cuya imagen presidía el altar mayor del templo; tanto la imagen de San Roque como la de la Virgen Milagrosa fueron repuestas para sus respectivas fiestas, la primera con el esfuerzo callado de su pobre cofradía, de gran tradición en el barrio; y la segunda gracias a un donante, que desde el primer momento del incendio expresó su deseo de reponer la imagen a su costa, ambas imágenes fueron depositadas en la capilla de la Convalecencia. El presente trabajo es una crónica de la actividad realizada por la cofradía de Jesús Nazareno y Animas de la Campanilla para reponer las imágenes perdidas y que darían sus primeros frutos en la procesión de la madrugada del Viernes Santo del año 1958.

Al día siguiente a la tragedia, 14 de abril, la cofradía de Jesús Nazareno y Animas de la Campanilla se reúne en asamblea general extraordinaria en el cine de los Padres Escolapios. Tras una larga asamblea de más de tres horas de duración y analizar distinta alternativas en torno a la procesión del Viernes Santo la cofradía acuerda que La procesión del Viernes Santo se configure de la siguiente manera: imagen del santo Ecce Homo seguido del Estandarte de la Virgen de la Soledad y cerrando el cortejo una cruz tosca y de grandes dimensiones. En la misma asamblea se acuerda abrir una suscripción que ya en los primeros momentos alcanza la cifra de 30.000 pesetas.

Durante los días siguientes los medios de comunicación de la época se hacen eco de la noticia de forma amplia, incluso se traslada a la ciudad un equipo de Radio Nacional de España encabezado por el jefe de programas de la emisora don Leocadio Machado autor de una magnífica crónica que fue grabada por el afamado locutor David Cubero en mitad de las ruinas del templo destruido y difundida en el programa “Última hora de la actualidad”. Paralelamente por la ciudad circulan unas octavillas impresas con el fin de invitar a la ciudad a participar activamente en la procesión de la madrugada del Viernes Santo en ellas se podía leer: *“Necesitamos tu dinero, pero más tu fe”* *“Nunca ha sido mayor la soledad de la Virgen que este año, toresano, acompaña”* *“Saldrá la procesión de Santa Catalina y de sus ruinas renacerá más pujante la Fe”*.

El 19 de abril Viernes Santo, la procesión organizada por la cofradía alcanzó una emoción tan profunda y fervoroso esplendor, teniendo como único precedente el acto de coronación de nuestra patrona. A las siete de la mañana se puso la procesión en marcha desde la destruida iglesia, el depositario contador de la cofradía don Augusto Bedate, en medio de un silencio impresionante iba anunciando la puesta en marcha de las imágenes que en esta procesión deberían de figurar. Después del estandarte figuraba la imagen del “Ecce Homo” única que se salvó del incendio. Seguían las filas de nazarenos y de trecho en trecho un ancho espacio señalaba el vacío que debieran ocupar los grupos desaparecidos. Detrás numerosas personas con velas encendidas algunas descalzas, con la vista en el suelo, rezando devotamente, con la ilusión y el fervor como si les precediera la imagen venerada a la que habían





ofrecido seguir en acto de piadosa penitencia. En el sitio que debía ocupar la venerada imagen de Jesús Nazareno una tosca cruz, de grandes dimensiones, fue llevada a hombros por los propios hermanos. Durante el recorrido se fue rezando el Santo Vía Crucis, en la estación que se realizó en la colegiata se predicó el sermón del mandato regresando al punto de partida cerca de las doce de la mañana. Desde uno de los balcones del hospital asilo el depositario de la cofradía pronunció unas sentidas palabras recogiendo el unánime sentimiento de dolor que embargaba a todos los toresanos, quienes se juramentaban para no cesar en su afán hasta ver resurgir de las ruinas de la iglesia y de las cenizas de sus más veneradas imágenes, otra procesión que recogiendo la tradición, la fe, vuelva a ser exponente del sentimiento religioso de Toro.

El 21 de abril Domingo de Resurrección bajo la presidencia del sr alcalde D Carlos Vázquez Sánchez se celebró junta general extraordinaria de la cofradía en el salón de actos del colegio de los Padres Escolapios con la asistencia de todos los cofrades, autoridades y toresanos en general que ofrecían su colaboración para formar parte de las numerosas comisiones que habría de organizarse pro reposición de las imágenes y reconstrucción de la iglesia

de Santa Catalina. El contador de la cofradía expone en dicha asamblea un plan para lograr una mayor eficiencia en la suscripción abierta que ya alcanzaba las cien mil pesetas. El plan pasaba por la formación de distintas juntas (de honor y ejecutiva) y comisiones de trabajo y asesoramiento (arte, prensa, correspondencia, contabilidad, obras, eclesiástica, enseñanzas, femenina, reliquias, representativa y organización de actos, esta última con secciones de fútbol y toros). Se acordó poner en funcionamiento las comisiones creadas cuando la coronación de la Virgen del Canto y valerse de las casas de Zamora existentes en la geografía nacional con el fin de que recauden fondos. Todas las comisiones tendrían plena independencia dando cuentas a la junta ejecutiva. Por último a instancias de un hermano se acuerda que en lo sucesivo tenga carácter de penitencia la procesión del Viernes Santo.

De todas estas juntas y comisiones es justo resaltar dada la importancia que tuvo, al margen de la ejecutiva (compuesta por Sr alcalde, Sr párroco de San Julián, presidenta y secretaria de las damas de la Soledad de Santa Catalina y directiva de la cofradía Jesús Nazareno) la de arte (integrada por Anacleto Carbajosa, Francisco Casas Ruiz del Árbol, Inocencio Martínez, Eutiquio Gómez y los pintores Delhy Tejero y Daniel Bedate).

Las distintas juntas y comisiones se ponen a trabajar; uno de los principales acuerdos tomados por la junta ejecutiva fue Iniciar de inmediato la construcción de las mesas o andas para los pasos de Jesús Nazareno y la Virgen de la Soledad siendo encargadas estas al ebanista Manuel Gallego. A pesar del celo inicial no tardaron en surgir las críticas, algunas comisiones no llegaron a constituirse, otras tuvieron escasa o nula actividad, advirtiéndose un enfriamiento, desgana y menor entusiasmo cada día que pasaba tanto en las comisiones como en los donantes.

El 18 de octubre la junta ejecutiva publica las bases por las que se regiría el concurso de imaginería para la reposición de las imágenes de Jesús Nazareno y la Virgen de la Soledad. Las mismas establecían entre otros puntos, las



medidas que debían tener las imágenes, la composición del grupo de Jesús Nazareno, la forma de pago, las obligaciones de que tanto la imagen de Jesús como la de la Virgen fueran de vestir y reproducir fielmente la desaparecida imagen de la Virgen de la Soledad de Felipe de Espinabete, perdida en el incendio. Para ello los artistas deberían presentar boceto en escayola a tamaño natural de cabeza y manos, mientras que en el grupo de Jesús Nazareno lo podía realizar a cualquier tamaño. Se establece como fecha límite de entrega el 30 de noviembre en el ayuntamiento de la ciudad. Para asegurarse el éxito del concurso en cuanto a cantidad y calidad de las obras presentadas la junta ejecutiva no duda en dotar el concurso de dos grandes premios y publicar anuncios con las bases en distintos periódicos: El Correo de Zamora, Imperio, Diario Regional, El Adelanto de Salamanca o el madrileño diario “Ya”. Una vez concluido el plazo de presentación de bocetos, en el que participan veintidós artistas la junta ejecutiva decide organizar una exposición de las obras presentadas en el salón de plenos del ayuntamiento entre los días cuatro y ocho de diciembre.

El sábado 21 de diciembre se reúne el jurado encargado de resolver el concurso de imágenes presidido por el sr alcalde D Carlos Vázquez como presidente de la comisión ejecutiva asistido de los vocales: Anacleto Carbajosa, Primitivo Belver, Joaquín Lorenzo Limia, Sixto Holguín, Eutiquio Gómez, Agustín Diez, Santos López, Víctor Iglesias, Augusto Bedate, Rafael Sarmiento y Jaime Beato; los cuales después de amplia y detenida deliberación, acordaron por unanimidad emitir el siguiente fallo:

- Primero: Adjudicar al artista Hipólito Pérez Calvo la ejecución de la imagen de la Soledad, concediéndole el premio previsto de cuarenta mil pesetas.
- Segundo: Estimando el jurado que, a su juicio, no se ha presentado ninguna obra valorada en su conjunto merecedora de premio de grupo escultórico de Nuestro padre Jesús Nazareno lo declara desierto.



Durante los primeros días del mes de enero de 1958 en un amplio escaparate del comercio de José María Benito es expuesta la nueva imagen de La Verónica. Esta imagen adaptada es la antigua Soledad de la iglesia del Sepulcro y que desfiló hasta 1954 en la procesión del Viernes Santo por la noche. La transformación sufrida fue escasa, destacando la rica túnica confeccionada y bordada por Ricarda Alonso, llevando la túnica un zócalo de terciopelo negro bordado en oro que resalta la rica seda negra procedente del vestido nupcial de Doña Ramona Benito. La imagen desfilaría en unas andas realizadas por el taller de carpintería Hijo de Juan Gallego cuyo precio fue 4.850 pesetas.

Los salones de La casa de Zamora en Madrid, situada en la calle Atocha 42, fueron testigo del 15 al 17 de marzo de 1958, de la exposición y verificación de la imagen de La Virgen de la Soledad realizada por Hipólito Pérez Calvo en el aula de talla de la escuela de bellas artes de San Fernando de la que era alumno de Luis Marco Pérez.

Tal y como establecían las bases del concurso convocado por la cofradía, las nuevas imágenes de la Virgen de la Soledad y el grupo de Jesús Nazareno, este últi-



mo realizado en colaboración entre el escultor Tomas Noguera (imagen de Jesús) y el profesor y escultor Luis Marco Pérez (cirineo), llegarían la tarde del martes 18 de marzo a la ciudad siendo expuestas durante el día de San José en los amplios escaparates de un comercio de la ciudad, ante los elogios de los toresanos que acudieron a admirarlas.

Siguiendo la tradicional costumbre, a las cinco de la tarde del día 22 de marzo en La iglesia de San Julián de los Caballeros se celebró el emotivo acto del besamanos. Fue precedido, este piadoso acto, de la bendición por parte de

D Primitivo Berver de las nuevas imágenes. El templo se vio abarrotado de fieles como ningún año, que hacían sus peticiones con gran fervor y emoción, incluso muchos con lágrimas en los ojos ya que les parecía mentira volver a ver a sus queridas y veneradas imágenes.

La Semana Santa de 1958 contó con una procesión más, el Martes Santo saldría de la iglesia de la Santísima Trinidad, la imagen de Cristo Crucificado en procesión de penitencia con dirección a la iglesia de San Julián de los Caballeros, incorporándose a esta procesión al llegar a la hoy plaza de Santa Marina, los pasos de La Oración del Huerto y La Flagelación.

El 4 de abril Viernes Santo, como venía haciéndose desde tiempos inmemoriales, a las seis de la mañana en la iglesia de San Julián de los Caballeros se pronunció el sermón del mandato, para una vez terminado a las siete de la mañana ponerse en marcha la procesión de la cofradía de Jesús Nazareno y Animas de la Campanilla. La procesión resultó emocionante y con el acompañamiento de un gran gentío. La procesión estaba integrada por los siguientes pasos: La Oración del Huerto, La Flagelación, Ecce Homo, La Verónica, Jesús Nazareno, Santísimo Cristo y Virgen de la Soledad. La procesión

contó con la presencia de los tres escultores encargados de la reposición de los pasos de Jesús Nazareno y La Virgen de la Soledad, siendo portada esta última sobre los hombros de su creador.

En la jornada del Sábado Santo la tradicional “vela” a la Virgen de la Soledad se realizó en la capilla de la Convalecencia, junto a los cultos propios de su asociación de damas. Partiendo a las ocho de la tarde, tras la celebración del Vía Crucis y sermón de la Soledad, la procesión con la imagen de dicha capilla.

El 8 de abril se reúne la cofradía en asamblea general extraordinaria a fin de pulsar la opinión de los hermanos sobre el lugar donde se habrían de instalar los pasos e imágenes propiedad de la cofradía. Dado que, la iglesia de San Julián de los Caballeros a pesar de su amplitud y debido a la concurrencia de fieles era imposible cobijarlos allí. Después de una larga deliberación, contando con el beneplácito de las RR.MM. Clarisas, deciden depositar de forma provisional en su iglesia conventual los mismos, hasta que fuera ampliada y arreglada como era intención la capilla de la Convalecencia por parte del Hospital Asilo. Otro punto que se abordó en dicha junta general fue el estado de cuentas ascendiendo los



ingresos por la suscripción popular para la reconstrucción de imágenes y templo de Santa Catalina la cantidad de 171.808,64 pesetas y los gastos 136.053,95 pesetas. Con el saldo a favor resultante de 35.754,69 pesetas se acordó abrir una nueva suscripción general a fin de recaudar lo suficiente para la adquisición, del paso de “La Desnudez” por estimarle el principal después de los adquiridos.

* la fuente documental utilizada para el presente trabajo han sido las hemerotecas de los diarios: Imperio, El Correo de Zamora y Diario Regional entre el 14 de abril de 1957 y el 23 de mayo de 1958.



Redescubriendo al Cristo del Amparo



• M.ª Ángeles García Hernández

El sonido lastimero del bombardino se expande en el aire rasgando el silencio de la noche. Lo acompaña el intermitente crujir de una matraca, que invita a enmudecer a la gente en este Lunes Santo de Pasión.

Concluido el canto del Miserere, la iglesia de Arbas abre sus puertas y un público expectante, espera paciente la salida del Cristo del Amparo.

La Cofradía de este magnífico crucificado renacentista del S.XVI, perteneciente a la escuela de Juan de Juni, fue fundada canónicamente en el humilde templo de Santo Domingo de Silos, existente ya en 1344, que al desaparecer por ruina, pasó a la iglesia de Santa María la Nueva, lamentablemente derruida en 1905, trasladándose más tarde a la de la Santísima Trinidad donde se le rinde culto actualmente.

Los primeros estatutos de la Cofradía, que se conservan en la actualidad y a los que he tenido acceso, datan de 1774. En su primera página aparece la justificación de los mismos, diciéndonos que los estatutos anteriores elaborados y aprobados el 16 de enero de 1630 se encuentran en mal estado y parcialmente quemados, y que estos nuevos estatutos recogen en gran parte las ordenanzas o capítulos de los anteriores.

En ellos aparecen de forma detallada los diferentes capítulos por los que se regía la Cofradía, algunos de ellos todavía vigentes hasta nuestros días.

En el primer capítulo se habla de la fiesta que anualmente se debe hacer el día 14 de septiembre, día de la Exaltación de la Cruz, y que en el caso de que ese día no sea festivo se celebre al domingo siguiente.

Este año con motivo de la exposición de las Edades del Hombre, el Cristo del Amparo no ha procesionado en su día por formar parte de ella, sin embargo tanto toresanos como foráneos hemos podido disfrutar de su magnífica belleza realizada aún más por la puesta en escena de la que ha sido objeto, al exponerse enmarcado bajo el cimborrio de la Colegiata, suspendido en el aire, sin lugar a dudas espectacular.

Los diferentes capítulos nos informan detalladamente del Cabildo, del nombramiento de oficiales y diputados, de las cuentas, de cómo sacar limosna, del entierro de los hermanos, así como del entierro de sus mujeres e hijos. Aparece escrito el modo de recibir a los nuevos cofrades, la forma de ejecutar las penas cuando no se cumple con las normas de la Cofradía, así como el comportamiento exigido en el Cabildo y en las juntas de la misma.

En los documentos del año 1886 aparecen prácticamente los mismos capítulos con ligeras variaciones, si tenemos en cuenta que entre unos y otros hay doscientos años de diferencia y una evolución de la sociedad.

La inmersión en estos antiguos documentos, me ha llevado a la conclusión de que la Cofradía del Cristo del



Amparo cumple con todas esas características típicas de las cofradías que nacieron en España alrededor del S.XV, formadas en un principio por un grupo de laicos unidos con dos funciones fundamentalmente:

la de apoyarse mutuamente en momentos difíciles y la de experimentar la Pasión de Cristo, saliendo a la calle. Esta unión y fraternidad se observa claramente en los documentos de 1774 en la que los cofrades están obligados a asistir al entierro de uno de sus hermanos, arrojando a la viuda e hijos del difunto y siendo multados con dos reales y una libra de cera en el caso de no asistir y con cuatro reales en el caso de quedarse a la puerta de la iglesia.

La protección entre los cofrades y sus familiares es máxima y la penas por no cumplir las normas son bastante

severas desde el punto de vista monetario, jugando un gran papel la disciplina y el compromiso como miembro de la Cofradía.

En las ordenanzas de 1886, es curioso el capítulo en el que se trata el comportamiento de los cofrades en las juntas, insistiendo en la decencia, en el respeto del turno de palabra, en el no levantarse de su puesto, en la presencia al pasar lista etc. El hermano que desobedecía estas normas era multado con dos reales, si era reincidente y faltaba al respeto llegaba e incluso a ser expulsado de la cofradía.

En el capítulo referente a la financiación, que ellos llaman de sacar limosna, reconocen sus limitaciones financieras, acordando que cada cofrade aporte dos reales el



día de la fiesta de la Exaltación de la Cruz, algo equivalente a las cuotas actuales.

Otra forma de sacar fondos independientemente de las multas por no cumplir las normas, la llevaban a cabo el abad de turno, que tenía que pedir limosna el día de S. Antón Abad y el mayordomo el día de S. Bartolomé. Si no lo hacían eran multados con seis reales cada uno.

Como nota curiosa, el Cristo de Amparo posee su propia casa, situada en el número 64 de la calle de Capuchinos. Por falta de documentación se desconoce cuándo y quién la donó a la Cofradía. Consultando un viejo libro de cuentas, esta casa es mencionada ya en 1931, siendo por un lado una fuente de ingresos para la Cofradía por su alquiler, como una fuente de gastos por su mantenimiento, tal y como aparece en dicho libro en el que detalladamente aparecen las obras y reparaciones de la misma.

En las ordenanzas de 1886 aparecen las pautas de cómo debe realizarse la procesión, insistiendo en la estética ante el público, en los relevos necesarios en los sitios acostumbrados y en el acompañar al venerable Cristo con un cirio en la mano.

Después de este viaje en el tiempo, a través de los documentos consultados y volviendo a la actualidad, el Santísimo Cristo del Amparo, procesiona dos veces al año: el 14 de septiembre, día de la Exaltación de la Cruz y desde 1991 el Lunes Santo, enriqueciendo con su presencia la Semana Santa toresana.

La noche herida transcurre lentamente, los cofrades ataviados con negras capas castellanas y portando pesados faroles de forja, acompañan a una de las tallas más hermosas de la Pasión toresana. Después de recorrer en

la penumbra las recoletas calles que circundan la parroquia de la Trinidad, realiza su entrada en Capuchinos para hacer una parada ante la histórica portada plateresca del Palacio de las Leyes.

Las voces del coro interparroquial suavizan como un bálsamo el silencio y la austeridad del Lunes de Pasión, sus palabras calan en nuestro ánimo:

“En la cruz del Señor está nuestra vida morirás Señor; abandonado, ¡cuánto amor!
¿Nuestra esperanza adónde irá?”

El lamento del bombardino y la llamada insistente de las matracas nos acompañan hasta la plaza de la Trinidad para escuchar la lectura del “Manifiesto”. Una hilera de faroles se posa en el suelo guiando los ojos de los acompañantes hasta el Crucificado. Las palabras del Manifiesto flotan en el aire. Minutos después, el silencio lo envuelve todo de nuevo incitándonos a la reflexión.

El bombardino llora de forma lastimera, el crujir de las matracas invade los sentidos, provocando una angustia inexplicable. La procesión avanza hacia la iglesia de Arbas, los cargadores sudorosos y exhaustos marcan al unísono los últimos pasos, meciendo al Cristo en sus doloridos hombros, traspasando lentamente el umbral de la puerta de la iglesia de Arbas.

Un reconfortante aroma a sopas de ajo flota en el ambiente, se empiezan a repartir los humildes tazones de barro con sus respectivas cucharas de palo. Ahora sí, el bombardino ha enmudecido, su sonido grave y varonil se ha diluido en el tiempo formando parte del pasado junto al crujido insistente de las matracas, para renacer de nuevo el próximo Lunes Santo en el que el crucificado Cristo del Amparo nos espera siempre, abriendo sus brazos.



Cargar con las víctimas

- **Jose Luis Pinilla Martin S.J.**
- *Director de Migraciones CEM*

Recuerdo que hace un año, al preguntar a un joven de una parroquia toresana porqué iba unas horas en una procesión de semana santa, llevando un paso, como costalero en la sombra, me dijo que durante el recorrido de esa procesión agarrado a los hombros de otro cofrades que soportan la misma carga “ da tiempo, mucho tiempo, para pensar (y rezar) en lo que “cargas”, a quien llevas encima” .Apoyar su hombro junto al de otros y pensar (rezar) en lo que soportan.

Yo también lo hice alguna vez en la semana Santa de Toro y ahora al recordarlo para la Revista “Toro Cofrade” pensaba que también hace meses llevé sobre mi hombro a un joven emigrante, herido seriamente, tras caer- y ser golpeado- de la valla que separa Nador de Melilla. Recuerdo que fue en mi viaje a las entrañas de la emigración cuando encaminamos nuestros pasos y el corazón hacia Nador, parte marroquí de la Frontera con Melilla. A primera hora de la mañana Esteban Velázquez, mi compañero jesuita a quien recientemente le han prohibido entrar en Marruecos después de años defendiendo a los emigrantes de las dos orillas del estrecho, nos había preparado una entrevista con su gente de Migraciones. No la tuvimos. ¡Había habido un nuevo intento de muchos subsaharianos de pasar por encima de la valla! . Salimos corriendo metiendo en la furgoneta un montón de medicinas, unos plásticos y algo de comida para recoger heridos de al lado de la valla o del hospital antes de que llevaran a los que intentaban saltar la valla, detenidos a Rabat o arrojados al desierto . Suspendimos la entrevista prevista porque era otra es

la prioridad. Toda la gente se movilizó – parece que lo estoy viendo hoy mismo- El obispo Santiago Agrelo y yo mismo quedamos a la espera en la Iglesia franciscana de Nador. Si hubiéramos ido nosotros, nuestros asientos impedirían transportar a más heridos o a otros maltrechos lejos de la valla... Quizás hacia el monte Gurugú, su escondite y su defensa, de donde saltaron al alba - ¡sí, al amanecer!. A la misma hora del Sermón del Mandato y de los primeros pasos de la Cofradía de Jesús y Ánimas de la Campanilla recorriendo mi bella ciudad.

200 lo intentaron. Ninguno lo consiguió. 20 heridos. Muy heridos . Mis compañeros se pasaron cuatro horas recogiendo, animando, consolando, y procurando todo tipo de ayudas. Aquello era como los pasos de una procesión de semana santa nos dijeron...heridos, con la ropa y la piel rasgada, como los más despojados y descartados del mundo, .Otras personas lavando y cubriendo heridas como la Verónica de Toro . Y hombres y mujeres ayudando como el Cirineo morado de la procesión mañanera de Toro. Haciendo la caridad a los heridos y consolando como provocan nuestra Virgen de la Soledad o la de los Dolores o la Piedad en las procesiones toresanas día y noche con sus hermosas cofradías. Los que fueron a ayudar en Nador decían que era como el pasaje del samaritano: "Nos encontramos a gente al borde del camino, apaleta, descartada.. Los echamos sobre los hombros..." Como los cofrades en Toro.

Pensaba en estos jóvenes refugiados en los campos de Europa, de America, maltratados, malheridos, macha-



cados,..Y pensaba a la vez en los jóvenes de Toro que quieren ser cada día más solidarios .Pensaba por qué no hay más solidaridad. La más gratuita. La de luchar por los derechos de los otros. No solo de los propios.

Yo mientras tanto me quedé con **Sahif**. Casi murió a palos. Con sus lamentos ante una vértebra rota que le impedía moverse. Le salvó que sabía unas palabras en árabe que ni yo mismo sé cómo se escriben pero que traducidas más o menos vienen a decir:" Dejadmé, que me estáis matando". Recuerdo que en un momento me abracé al él. Cómo van los costaleros de los pasos de semana santa Toresana que os recordaba al principio.

Mi amigo el joven cofrade, - y vuelvo a los que os contaba- me dice también que escondido bajo los pasos que les toca llevar, por las entretelas de su túnica, mira a la gente que contempla la procesión. Y observa muchas labios susurrantes y muchas miradas fijas clavándose en las imágenes de la procesión. Unos rezan, le hablan a María y a Jesús. Y otros dejan que sean las imágenes quienes les hablen a sus conciencias.

De eso se trata. De encarnar la imágenes de la semana santa y "trasplantarlas" a las de los emigrantes destrozados: dejar que el más de un millón de refugiados o inmigrantes (dos caras de un mismo fenómeno) llegados a Europa nos hablen. O que callemos ante los cerca de 5.000 misiioneros que murieron en el intento de cruzar el Mare Nostrum. Como si esos cadáveres fueran como el hermoso y duro Jesús yacente que procesiona el Viernes Santo por la noche . El año 2016 ha tenido muchas se-

manas de pasión para los emigrantes . Por ejemplo las de los casi cinco mil que os hablo que murieron, el 30% eran niños, ¡ Dios mío!, y el 5% de ellos bebés de menos de dos años.

Ahora entiendo a mi amigo costalero cuando me dice lo que hace al llevar la carga abrazado a otros cofrades. Pensar en lo que lleva. Saborear desde el sacrificio la verdad incuestionable. Llevar a los dolientes del mundo. Soportar su carga. Aunque deje una huella como la que siempre me impresiona del Cristo de la Expiración en su hombro (Cofradía del Santo Sepulcro y la Soledad) Cristo tiene la marca del peso de la cruz que ha arrastrado en su via crucis, en sus hombros ahora adheridos cruelmente al madero. Es un sutil detalle que solo se observa mirándole desde lo alto de los balcones y que yo descubría desde los balcones de Santa Marina en casa de mi abuela Maria Pinilla: Un leve tono amarillado recubre su hombro.



Si los hombros del crucificado solo se perciben desde arriba, la mirada y el rostro del Cristo del Amparo a mi me emociona más desde abajo. Como si desde ahí percibiera su voz como un susurro: Como si este Cristo, nos dijera, me dijera y gritara al Padre: "Perdónales porque no saben lo que hacen". Es el Cristo que ayer y hoy carga con todas las cruces del mundo para que yo luche contra todas ellas.

Y poder descubrir lo que yo pensaba cuando portaba a Sahif, parecido a lo que me decía mi amigo cofrade llevando la carga de un paso: "No soy yo quien lleva a hombros a Jesús". ¡Es Él quien me lleva a mí!



Fotos para el recuerdo



Fotos para el recuerdo



Llanto por Cristo Muerto



• David Rivas Domínguez

Este año, la tarea que se me ha encomendado no es nada fácil, pues nunca resulta del todo objetivo escribir acerca de una obra compuesta por uno mismo. Se trata de la marcha “Llanto por Cristo Muerto”. La misma es un encargo de la Asociación del Santo Sepulcro y la Soledad para conmemorar el 75 aniversario de la refundación de la cofradía.

He de confesar que una vez recibida la llamada de la actual directiva para proponerme la idea, ciertos nervios se apoderaron de mí, pues que uno sea el elegido para llevar a cabo la composición de una marcha conmemorativa, que además va a sonar en momentos clave de la procesión, que va a ser estrenada por la banda La Lira de tu pueblo y que quizá, con el paso del tiempo, se convierta en una marcha insignia de la procesión, es sin lugar a duda un honor inmenso que he tratado de corresponder con una marcha propia que identifique a la cofradía y



que represente el momento fúnebre del entierro de Cristo. En definitiva, que no sea una marcha más.

La junta directiva, la cual me ha dado absoluta libertad durante el proceso creativo, quería que de alguna manera la marcha tuviese sello toresano, que los ciudadanos la identificasen con Toro y con la Asociación del Santo Sepulcro y la Soledad. Por ello, se les ocurrió la posibilidad de que un fragmento del popular canto de “Las Llagas”, que podemos escuchar al término de la procesión del silencio del miércoles santo, estuviese incorporado en la marcha. Además, no había que pasar por alto que la procesión representa el entierro de Cristo, por lo que la marcha debía conjugar momentos solemnes con un final muy fúnebre, elegante y sentido.

En cuanto a la estructura de la marcha, tratando siempre de respetar los cánones clásicos de las marchas castellanas, se compone de las siguientes secciones:

Introducción: lúgubre y solemne, a manera de preguntas y respuestas, nos conducirá a un tutti de toda la banda que enlazará con el Tema A de la marcha.

Tema A: el primer tema de la marcha es algo más épico, tratando de presentar a un Cristo victorioso, pero sin perder el carácter fúnebre. Lo presentan las maderas (clarinetes y saxos) que lo conducirán hasta un enlace de las trompetas que ayudará al tutti de la banda a tomar presencia. El tema se repetirá ahora en fuerte acompañado de un contracanto en saxofones tenores, trompas y bombardino, que le dotan de más fuerza y solemnidad.

Canto de las Llagas: al acabar el tema A, aparece el



citado “Canto de las Llagas” en mezzopiano, característico de la cofradía. Será un solo de trompeta el que presente el estribillo del mencionado cántico. Un acompañamiento que recuerda a las saetas, pero sin el marcado acento andaluz, conformará el ritmo de esta sección, delicada y profunda, que despertará la atención del oyente. Terminado el solo, aparecerá la melodía de la estrofa de “Las Llagas” a cargo de los saxofones y las trompas, con un acompañamiento en los graves que reestablece el ritmo de marcha fúnebre, y con un contracanto en las maderas agudas (flautas y oboe) que aportan otro color a esta sección, más luminosa.

Tutti central: inmediatamente después de esta sección aparece un tutti muy épico y solemne, poco común en las marchas fúnebres, de carácter más abierto haciendo un guiño a la redención de Jesús, que servirá para crear tensión y conducir la melodía hacia el típico fortísimo central, donde la melodía pasa a los graves de la banda (trombones, bombardinos y tubas). Este fortísimo se repetirá añadiendo unas llamadas en las trompetas que aportarán solemnidad a la sección a la vez que cierta tensión que será resuelta en el enlace posterior, el cual, en un tutti de la banda resolverá en un acorde mayor. Seguidamente vuelve un cambio de tono en menor, el trío de la marcha.

Tema B (trío final): después de lo comentado anteriormente, se inicia el trío de la marcha, en tonalidad menor, muy delicado y fúnebre. Se trata de un tema que se presenta en mezzopiano la primera vez, realizado por clarinetes, saxofones y bombardino. De contenida belleza, muy triste, representa la parte central de la procesión, el entierro de Cristo. El objetivo es conmover al oyente y acompañar el final de la procesión con la solemnidad que merece. Este tema es reexpuesto en fuerte, donde se suman maderas agudas y trompetas en la melodía además de un contracanto muy lírico realizado por saxofones tenores, fagot, trompas y bombardino. La marcha termina bajando un poco la intensidad, de forma delicada pero concluyente, con un acorde menor, fúnebre y triste, que

deja constancia de la delicadeza del momento.

Llegados a este punto, me gustaría hacer público un agradecimiento especial a la junta directiva de la Asociación del Santo Sepulcro y la Soledad por concederme este honor y considerar que podía ser la persona adecuada para la composición de “Llanto por Cristo Muerto”. Desde aquí, decirles que me siento muy honrado y agradezco su confianza y sus atenciones constantes. Al igual que agradezco a la Junta ProSemana Santa y a su presidente Francisco Iglesias su invitación a colaborar un año más con ellos en una nueva edición de Toro Cofrade. Agradecer también la predisposición y el trabajo de los músicos de nuestra querida banda de música “La Lira”, con Casimiro García Llamas a la cabeza, los cuales llevan varios ensayos perfilando la marcha.

Y por último, agradecerles a todos ustedes, vecinos y amigos, su tiempo y apoyo constante. Desear que la marcha, en la cual he puesto una gran dosis de cariño y respeto, sea de su agrado y se sientan identificados con ella.

Desear de corazón que tengamos una muy buena Semana Santa, que todos los actos se desarrollen con normalidad, que el tiempo nos acompañe y que tengamos salud para poder disfrutar juntos de muchas semanas de pasión.



Crucifixión: del escándalo a la salvación

• Francisco Javier Ucero Pérez

A lo largo de nuestra vida, son muchas las veces que nos acercamos al “Misterio de la Cruz”: ponemos nuestros ojos en una imagen, en una pintura, en una escultura que procesiona al son de un ritmo cadencioso,... pero son menos en las que pensamos, en realidad, qué suponía aquel castigo cruel, quien lo padecía, a quien estaba destinado, qué tormentos soportaba aquel que era condenado a la pena de muerte y era expuesto “a las afueras de la ciudad”.

La crucifixión era un sistema de ejecución romano para esclavos, rebeldes y delincuentes. Esta forma de llevar a cabo la pena capital era practicada únicamente por romanos, en tiempos de Jesús, y no podían dictarlo los judíos. También hemos de tener en cuenta que su origen es mucho anterior ya que posiblemente fueron los persas (en el s.VI a.C.) y otros pueblos como los griegos (la denominaban *stauros*), los fenicios o los cartagineses quienes ya la habían practicado desde antaño.

Roma reservaba este castigo principalmente para delitos contra el Estado. Era un escarmiento publicitario contra agitadores y rebeldes del Imperio. Se trataba de un sistema de “aviso público” que fue aplicado, en varias ocasiones, en la provincia de Palestina ya que eran muchos los que no aceptaban la invasión, la imposición de costumbres, los tributos, la lengua,... Y se intentaba lanzar un mensaje disuasorio que podría ser leído de esta manera: “*Tranquilizaos, ni siquiera os atreváis a pensarlo ya que el resultado será este*”.

En el caso de *Jesús de Nazaret*, que para la mayoría de nosotros es el más conocido, fue el Sanedrín (consejo nacional y religioso de los judíos en aquel momento histórico) el que lo condena “por blasfemia” pero, el que podía aplicar el castigo era el representante del Imperio en aquella zona (en el caso que nos ocupa, el gobernador Poncio Pilato).

La flagelación formaba parte de la crucifixión romana, es decir, no se trataba de una pena distinta o complementaria sino que era parte del proceso con la finalidad de debilitar al condenado y acelerar la muerte en la cruz. El *flagrum taxillatum* (látigo), estaba compuesto por cuatro o cinco correas de piel de unos 50 cm de longitud en cuyos extremos había pequeños huesos con aristas y bolas de plomo; su función era destrozar la piel, producir hemorragias, contusiones, erosiones y llagas. Lo que no formaba parte del castigo y sí le fue practicado a Jesús, fue la vejación a la que fue sometido por parte de los soldados: colocación de un cascote de espinas en la cabeza, vistiéndole con un manto color púrpura y dándole una caña para burlarse de Él (*Mt 27,27 y Mc 15,16*).

A partir de este preciso instante, el arte cristiano nos presenta a Cristo cargando con la cruz “de forma completa”, es decir, con los dos travesaños ensamblados. En realidad, al reo se le cargaba con la viga transversal –a manera de yugo- llamada *patibulum*, *antenna* o *furca* (pesaba alrededor de 45 kg). La representación más antigua conocida de Jesús cargando con la Cruz data del 420-430 d.C.; se tra-





ta de una placa de marfil que se encuentra en el Museo Británico y muestra a Jesús camino del Gólgota.

Una vez allí fue despojado de sus vestiduras, clavado al *patibulum* -muy posiblemente a la altura de las muñecas- y elevado al *stipes* (madero vertical que solía estar ya clavado en el lugar del suplicio) asegurando sus pies también con clavos a no mucha altura del suelo. La colocación del *titulus crucis* (tablilla donde se exponía el motivo de la crucifixión) en tres lenguas -latín, griego y hebreo-, nos es resumido en nuestra imaginería con la abreviatura de la leyenda en latín: ***Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum*** -INRI- (Jesús Nazareno Rey de los Judíos).

Hasta aquí y en breves pinceladas he intentado, de forma muy pedagógica, mostrar cómo una persona condenada a muerte pasaba por diferentes fases de sufrimiento, escarnio y definitiva agonía hasta expirar, de manera vergonzante, a las afueras de la ciudad y en la Cruz. Y es en este preciso

instante donde debe de parar nuestra ***“nueva forma de mirar al Cristo crucificado”***: desde la devoción renovada, desde la identificación total de un Dios misericordioso que se hace tan humano, humilde y pequeño, que no le importa recoger nuestros sufrimientos en el castigo más humillante que existía en aquel momento de la historia.

Por todo ello ***“nosotros predicamos a un Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos y locura para los paganos”*** (1 Cor 1, 23), como diría San Pablo a los primeros cristianos de Corinto. Un Dios que fue capaz de convertir un instrumento de rechazo, humillación y vergüenza en símbolo de salvación para todos los que le contemplan. De esta manera, nuestra Semana de Pasión se debe de convertir no solo en un acontecimiento estético, cultural y religiosamente inigualable sino también en un acto de reconocimiento, reflexión y oración ante un Jesús de Nazaret que se convierte, por medio de la Cruz, en esperanza y salvación para todos aquellos que le contemplan y acompañan.



Toro, el abrazo de Cristo en la Cruz

• Ana Pedrero

Cuando durante la exposición AQVA de Las Edades del Hombre contemplé al Cristo del Amparo suspendido bajo el crucero de La Colegiata, me vino a la mente la imagen de Cristo abrazando a la ciudad desde la Cruz, como si Toro entera cupiese entre sus brazos amorosa y entregada, silenciosa después del bullicio de sus Carnavales, de preparativos por las iglesias desempolvando sus imágenes de devoción.

Ahí arriba, portentoso, en majestad, Cristo parecía sostener los siglos sobre sus hombros, como si no hubiese tiempo, viajando mucho antes de que Toro lo sacase cada Lunes Santo en procesión con las capas de ceremonia y el lamento de la tuba, en el silencio solemne de miles de oraciones hacia dentro, de esas cosas que quedan entre Dios y tú.

Ahí, contemplando desde lo alto las torres y los campanarios, las iglesias que custodian las otras cruces que los toresanos veneran, las Vírgenes que visten de luto y belleza los días santos, cuando los conquistadores piden limosnas desde un silencio que da miedo, los cargadores abrazan la madera y las mujeres sacan su ropa negra mientras las calles se convierten en un museo viviente de la Pasión de Cristo.

Así, abrazando a la ciudad de la piedra y la vega, la de las iglesias mudéjares y el arco del reloj como única medida del tiempo, Dios en lo alto, portentoso, recordando

a los toresanos el principio y el fin, los días de Pasión de un pueblo apasionado que se entrega a sus ritos, sus fiestas y sus costumbres como si no hubiese un día después.

Un pueblo que canta coplas de febrero, que pisa la uva tardía de octubre, que fermenta en el vientre de su tierra el vino y corre toros en su albero histórico en el día del santo Agustín. Y ahí, por encima de todo, el Cristo en la Cruz a cuya Pasión y Muerte asiste Toro en pleno como una maldición que se repite cada primera luna de primavera para despuntar en la Resurrección gozosa, la vida por las esquinas, la alegría de una nueva Pascua que dé paso a las romerías y al verano que traerá nuevos agostos, el baile de los gigantes, una nueva vendimia.

Quise abrazarlo ahí, tan arriba. Quise besar sus pies, cerrar sus heridas, descenderlo a mis brazos como una piedad de carne y hueso. Y quise abarcar a Toro entera con mis brazos por mantener viva la llama, la fe y la pasión de un pueblo que canta y que reza, que cose alegrías con penitencias, que late con el corazón acelerado cuando se acercan los días santos y todo es luz en la noche, y silencio y devociones.

Quise entonces que Dios se quedase ahí para siempre, suspendido en la nada, por encima de todo, abrazando a Toro en el luminoso trazo de sus brazos extendidos, siempre abiertos, como los mismos brazos de esta tierra que ya siempre será un poco mía.



Conqueros, una promesa

• Luis Felipe Delgado de Castro

Llegando a Toro, la primavera nos espera alumbrando su alargada vega, abierta en dos por el viejo río, cansado ya de besar leguas y leguas desde Urbión. Son días de Pasión en la noble, antigua y señorial ciudad. Jornadas que rezuman la añeja dignidad con que este pueblo vivió siempre estos santos misterios.

Al mediodía del Jueves Santo me acerco al pórtico de la iglesia de Santa Catalina para presenciar una ceremonia de singular relieve entre las tradiciones más señeras que conserva Toro en estos días santos. Ceremonia sencilla pero valiosa por su significado e historia. Se trata de la bendición de los conqueros, escrita desde muy atrás en la biografía de la antigua cofradía de Ánimas de la Campanilla. Cuatro hermanos reciben la misión de recoger donativos para sufragar los gastos de la cofradía y principalmente aquellos que, sobre todo en sus raíces, servían para satisfacer los costes de sepelios, entierros y misas de hermanos difuntos.

Describo el momento para quienes vienen a Toro por primera vez en estos días. Los demás lo conocéis y vivís con apasionado interés e intensa emoción. En completo silencio, tras recibir la conca, el cuenco en el que los vecinos depositarán sus donativos, y anunciados por su vara insignia, los hermanos rogarán a los transeúntes una limosna, recorriendo las calles de la ciudad, acercándose a los templos durante las visitas a los monumentos, tradicionales hace muchos años, y el viernes santo patearán la procesión arriba y abajo, una y otra vez, pidiendo desde su silencio jurado un óbolo a los espectadores del cortejo. La tradición les ha asignado otro nombre muy expresivo, venido del propio pueblo, el de “cagalentejas” porque, según señalan algunos manuscritos, eran invitados por los abades a la cena del jueves santo consumiendo solamente ese plato de legumbres.

La cofradía de Jesús Nazareno y Ánimas de la Campanilla ha sabido conservar la sencillez y originalidad de



esta ceremonia. La escena se anuncia por el sonido de la trompeta que servirá también en su procesión para anunciar el camino de Cristo hacia la Cruz. Se cumple con la palabra de los Abades, cuya autoridad en la cofradía está avalada por los tiempos, solicitando el juramento de los hermanos. Y sobre todo, se aureola por la presencia en el pórtico del templo, de la imagen titular, Jesús Nazareno, acompañado de su fiel Simón de Cirene. Las imágenes que se llevó el fuego un maldito día del lejano 1957 y devolvió la devoción un año después tan solo.

Luego, los cuatro conqueros se dispersarán por la ciudad y en el anonimato de sus túnicas y caperuces, irán haciéndose notar con el golpeteo de sus insignias en el pavimento, una y otra vez, porque su promesa de guardar silencio solo podrá ser rota, como dicen las normas, si son interrogados por los abades por necesidades de la propia cofradía y en la cena del jueves santo. Ese repiqueteo de metal y de piedra fundido en los suelos de la ciudad irá pregonando el sentido religioso de una cofradía entregada como dice su título, en cuerpo y alma, al margen de su devoción al Señor crucificado y muerto, a la memoria y culto de los fieles difuntos.

Estos hermanos poseen varias virtudes que ponen a prueba en esas horas, la paciencia, la insistencia, la resistencia y la prudencia. Con ellas, en estos días de dolor y de gloria en la ciudad, los conqueros escriben cada año una nueva y hermosa página de la vieja y memorable cofradía de Jesús Nazareno y Ánimas de la Campanilla.



La antigua Cofradía de las Angustias de Nuestra Señora: patrimonio, historia y su legado hoy

- Roberto Castaño Joaquín
- Delegado Episcopal para la Junta Pro Semana Santa de Toro

En la década de 1580 se funda en la Parroquia de la Santísima Trinidad la Cofradía de las Angustias de Nuestra Señora. Esta cofradía se encargará de organizar el sermón del desenclavo, la procesión del Santo Entierro y la posterior vela a la Virgen de las Angustias, la titular de la asociación. Fue en su origen una cofradía pobre, de escaso número de hermanos y con dificultades para engrandecer el patrimonio. Prueba de ello es la primera de las imágenes que vamos a comentar en este artículo: el **Cristo articulado** de la primera mitad del siglo XIII que, propiedad de la Parroquia de la Santísima Trinidad, hoy podemos contemplar en el museo de San Salvador. Se trata de una imagen de un crucificado románico al que por escasez de recursos, se le cortan los brazos y se le articulan y, además, se retalla de cintura para arriba hecho este que acompañado del revestimiento de faldones, le daba una apariencia más acorde a los gustos de la época. La imagen, pobre de solemnidad, muestra los rasgos propios de las imágenes románicas... hieratismo, rigidez, falta de expresión¹.

El 15 de mayo de 1615, tras una sentencia a favor de la cofradía y en contra de la Parroquia, la congregación se traslada al Convento dominico de san Ildefonso. Este traslado provocó que la imagen en cuestión de Cristo articulado quedase en la Parroquia, argumentando la Cofradía que “aunque era de su propiedad... quedase

en la dicha Yglesia para que esté en ella y no salga de ella, ni se pueda prestar ni fundar con ella otra confradía”. El escaso valor de la imagen, así como la pérdida de su función, provocaron que en el siglo XVIII se enterrase en el suelo de la iglesia, y que allí permaneciera en el olvido hasta que hace unas décadas fue encontrada durante unas obras.

A esta época anterior al traslado al Convento dominicano, se debe la segunda imagen objeto de nuestra atención. **El Cristo Yacente** realizado por Juan Ducete el Mozo, cuyo contrato se firma con la Cofradía el 10 de julio de 1588 y que ascendió a la cantidad de 15.000 maravedíes, corriendo la madera por cuenta de la Cofradía². Siguiendo la información que nos ofrece Vasallo Toranzo³, la imagen conservada es el único resto de una obra mayor compuesta por Nicodemo y José de Arimatea depositando el cuerpo de Cristo en el sepulcro y acompañados por un ángel. El yacente se realizó en madera, así como las manos y cabezas del resto de imágenes, mientras que los cuerpos se hicieron con lino encolado. El Cristo manierista es una obra en la que el autor pretende ya alejarse de los modelos tardogóticos, buscando la elegancia, la perfección formal y el patetismo sobrio y profundo. Hasta hace unos años se encontraba anclado a una cruz medieval de gajos, y colgado en un muro de la iglesia de la Trinidad a la que pertenece. En la actuali-

1 J. A. Rivera de las Heras, *Yacens, yacentes y crucifijos articulados en la diócesis de Zamora*, Zamora, 2016, p. 30.

2 AHPZa, Prot 3348, 10-7.1588, f. 876.

3 L. Vasallo Toranzo, *Sebastián Ducete y Esteban de Rueda Escultores entre el Manierismo y el Barroco*, Salamanca, 2004, p. 55-56.



dad ha sido colocado en un lucillo funerario del templo, pudiendo ser contemplado como lo que es, un yacente a punto de ser depositado en la tumba.

El traslado a san Ildefonso de nuestra Cofradía y el hecho de que el paso anteriormente comentado quedase en la Parroquia, provocó que pocos días después del traslado, concretamente el 26 de mayo de 1615 se encargase otro grupo escultórico a Sebastián Ducete. La nueva situación de la Cofradía propiciaba estos alardes. El crecimiento del número de hermanos, así como la abundancia de donativos propiciado por los Dominicos que veían en ello la posibilidad de rivalizar con los Franciscanos, contribuyó a barroquizar la estética de esta Cofradía, que en la capilla propia con que se les dota, llegó a tener las imágenes de la titular, las Angustias de Nuestra Señora, la Magdalena, san Juan y el Entierro de Cristo. Ya en esta época la Cofradía se titula como El Santo entierro y las Angustias de Nuestra Señora.

En este momento de esplendor se debió encargar la imagen barroca de **las Angustias**⁴ que se conserva en un retablo lateral de la parroquia de la Trinidad. De expresión profunda y con pose teatral forzada, la imagen presenta a María sentada, henchida de dolor, con la cabeza levantada hacia el cielo donde pierde la mirada. La amplia talla de los ropajes plegados, le da amplitud y movimiento a esta imagen que fue la titular. Debió llegar a la iglesia de la Trinidad al ser desechada por la Cofradía al cambiar de titular, la Soledad en lugar de las Angustias.

A comienzos del siglo XVIII los documentos del Convento de san Ildefonso nos hablan de la Capilla de la Soledad, y en la documentación de la Cofradía vemos como su nombre ha cambiado por el de Santo entierro de Cristo y Nuestra Señora de la Soledad. De esa época conservamos **distintos cuadros** en las Parroquias que



nos muestran cómo era y cómo se vestía la nueva imagen titular, siguiendo el más puro estilo castellano, de luto riguroso, con los ojos llenos de lágrimas, el rosario en las manos y sin ningún alarde de color.

Esta imagen gozó de tal devoción entre el pueblo que fue proclamada copatrona de la Ciudad, con obligación del Ayuntamiento de asistir a los actos de la hermandad.

El incendio sufrido en la capilla el día 22 de septiembre de 1778, hizo que la cofradía perdiese todo su patrimonio, salvándose solo la cabeza de san Juan. Ello motivó el encargo de nuevas imágenes y la llegada a Toro de la **nueva imagen de la Soledad**, salida si no de la gubia de Francisco Salzillo, sí desde luego de su escuela más próxima. Cómo bien se puede deducir, me estoy refiriendo a la actual imagen de la Verónica, propiedad de la Colegiata de Santa María la Mayor, y que actualmente desfila con la Cofradía de Jesús Nazareno y Ánimas de la Campanilla. La belleza estilística de esta obra, así como su calidad nos hablan de una devoción profundamente arraigada en el pueblo. La imagen de la copatrona destruida en el incendio, necesitaba ser reemplazada por otra de calidad y calidez. La imagen, resuelta con la maestría de un autor avezado en su oficio, nos ofrece una mujer joven, con el típico recogido del pelo hacia el lado izquierdo, la mirada perdida, de rasgos redondeados y de belleza extrema. Se trata de un claro e inusual ejemplo en esta tierra de imagen

4 J. Navarro Talegón, *Catálogo monumental de Toro y su alfoz*, Zamora, 1980, p. 205.

levantina, que, curiosidades de la vida, llegó a Toro por un incendio y por otro incendio cambió de identidad para pasar a ser Verónica en lugar de Soledad.

Pero con el incendio no terminan las penurias de la cofradía. A comienzos del siglo XIX los franceses toman la ciudad y se asientan en ella por periodo de cinco largos años. Años de rapiña y de menoscabo del patrimonio, que provocaron que a la marcha de las tropas francesas el convento de santo Domingo y en él, la capilla de la Soledad quedaran en la más absoluta miseria y amenazando sería ruina. En esta época, concretamente en el inventario que se realiza con motivo del decreto de 18 de agosto de 1809, por el que José I Bonaparte ordenaba la supresión de «todas las Órdenes regulares, monacales, mendicantes y clericales» confiscando sus rentas para el avituallamiento y gastos de guerra de las tropas francesas⁵, se nos da noticia de los bienes de la Cofradía en la Capilla “ítem en la capilla de la Soledad una efigie de talla de vestir de María de la Soledad, el paso del enterramiento de Cristo, las efigies de san Juan y la Magdalena, todas ellas de la Cofradía de la Soledad”.



El 2 de septiembre de 1841 el recién nombrado regente, Baldomero Espartero, impuso la desamortización de bienes del clero secular, hecho este que provocó el cambio de ubicación de nuestra cofradía, desde la arruinada y empobrecida capilla del menoscabado Convento de San Ildefonso, a la iglesia de santa Marina, donde permaneció pocos años pues en 1844 ya se encontra-

ba en la parroquia del santo Sepulcro, pues consta en la relación de Cofradías e Instituciones que había en cada iglesia, relación que envía el Ayuntamiento de la Ciudad al Ministerio de Justicia para sopesar qué parroquias debían ser suprimidas y cuáles no.

La situación de la Cofradía fue languideciendo y en 1883, el obispo diocesano intenta dar un empujón definitivo a la procesión del Santo Entierro, declarándola oficial y obligando al clero, secular y regular, a asistir al cortejo, igual que a todas y cada una de las Cofradías con sus guiones e insignias.

La situación no mejoró y la Cofradía se deshizo a comienzos del siglo XX, quedando el escaso patrimonio con que contaba, en la iglesia del Santo Sepulcro.

En 1941, en la misma iglesia del Santo Sepulcro, presididos por el Párroco de Santa María la Mayor, se reúnen un grupo de hombres de esta Ciudad con el firme objetivo de fundar una nueva Asociación que se llamará del Santo Sepulcro y la Soledad, cuyas ordenanzas se aprueban el 27 de enero de 1942.

Hace ya de esto 75 años... 75 años en que se recogió y se recibió una tradición que no debe morir. El entierro de Cristo, el amor de una Madre, Angustiada y en Soledad... mucha historia desde 1580. Construyamos más historia y al menos hagámoslo con la misma ilusión y tesón que lo han hecho los que nos han precedido.

5 AHPZa, Desamortizaciones; Convento de Santo Domingo de Toro, Prot. C0001 1/20, 1809, f. 2v^o.

Las obras maestras de la Semana Santa de Toro

• Tomás del Bien Sánchez

Sin lugar a dudas, la Semana Santa de Toro es una de las celebraciones más arraigadas y con mayor identificación de la ciudad de Toro y sus gentes, y son muchas las peculiaridades propias que posee, que la diferencian de cualquier otra Semana Santa de Castilla y León. Una de sus peculiaridades más destacadas es la calidad de muchas de las tallas que procesionan por las calles de la ciudad estos días. Pretendemos, con estas líneas realizar un breve recorrido por las piezas más destacadas desde el ámbito artístico de la escultura procesional de la Semana Santa de Toro.

Un capítulo importante de estas obras maestras lo protagonizan las esculturas de Cristo Crucificado. El primero que destacamos es el **Cristo del Amparo**, que enmudece las calles de Toro la noche del Lunes Santo, en una solemne procesión de tradición y estética puramente castellana. Responde a la tipología de crucificado del renacimiento español: monumentalidad, serenidad en la expresión y un gran estudio de la anatomía. Cristo aparece muerto, con la cabeza sobre el hombro derecho y clavado en la cruz con tres clavos. Al parecer formó parte de un retablo de una iglesia desaparecida de Toro. Tras la ruina de este templo, el retablo y la cofradía del Cristo del Amparo se trasladan a la vecina iglesia de la Santísima Trinidad donde se encuentra en la actualidad. De la imagen se desconoce con certeza su autor, pero su estilo bebe de las maneras del famoso escultor vallisoletano Juan de Juni. Comparte el Cristo del Amparo el gusto de Juni por la grandiosidad en la dimensión trágica y su efecto teatral de la composición. Sabemos que Juni trabajaría en Toro por el encargo del Cardenal Tavera, el cual costea el retablo de la Colegiata. Guarda grandes similitudes este Crucificado con los de la Huelgas Reales y el del Museo Catedralicio de Valladolid. La talla del Cristo del Amparo tiene unas dimensiones mayores al

natural y acusa una ligera desproporción desde su torso hacia arriba al igual que la extraordinaria longitud de los brazos. Esta desproporción nos podría dar alguna pista de su origen, ya que puede deberse a la escultura perteneciente a la parte alta de un retablo, las cuales se hacían con una perspectiva adecuada para que cuando fueran vistas desde una perspectiva adecuada para que cuando fueran vistas desde un punto de vista más bajo el efecto óptico igualara la visión del conjunto. Formalmente, el Cristo marca una línea serpenteante con el contraposto de sus partes formando una S, lo cual es un rasgo muy propio del manierismo. La expresión del Cristo del Amparo es rotunda pero serena, aparece en actitud muerta pero sin acusar esta muerte en sus formas anatómicas, donde se aprecia un gusto y un estudio profundo de la anatomía atlética propia del estilo, se busca así una perfección anatómica propia del ideal renacentista. El paño de pureza presenta una rebuscada composición estando anudado a su costado derecho. Pero donde la talla alcanza la máxima expresión de maestría es en los detalles del rostro, los pies y las manos. Es sin duda una talla sobresaliente del renacimiento escultórico castellano que está en la órbita de las grandes composiciones del momento.

La segunda de las piezas que destacamos es el **Cristo de la Expiración**. Se trata de una de las piezas más sobresalientes de la escuela toresana de escultura barroca, período artístico en el cual en Toro aparece una de los principales focos escultóricos de todo el país, que protagonizan en primer momento la familia Ducete y Esteban de rueda y en la etapa final del barroco la familia Tomé. A este momento, se debe la sublime talla del Cristo de la Expiración. Procesionado por la cofradía del Santo Sepulcro supone uno de los mejores crucificados del barroco español. La tipología de Crucificado varía en este momento y se pone al servicio



de las necesidades de la contrarreforma. Jesucristo aparece ahora en una actitud de extremado realismo en los instantes previos a la muerte, con todo y cada uno de los detalles para acentuar el dolor y el sufrimiento de su muerte. A esta tipología pertenece el Cristo de la Expiración. Su autoría esta atribuida a la mano de los maestros toresanos Sebastián Ducete y Esteban de Rueda, sin establecerse con precisión cuál de los dos trabajaría más o menos en la obra. Su cronología podemos establecerla en torno a 1615 si es obra conjunta, o bien, hacia 1620 si ya fuera una obra casi enteramente de Esteban de Rueda. Se representa a Cristo crucificado con tres clavos, vivo, sufriendo y en el momento preciso de la Expiración. El modelado es duro y extremadamente realista, ejemplificando magistralmente el ideal contrarreformista, establecido con lo que se puede llamar el diálogo con el crucificado, mediante el cual el fiel se sintiese intensamente involucrado en los momentos trascendentales de la pasión de Cristo. Ya se ha dejado de lado la idealización del renacimiento y Cristo está representado por una persona real, seguramente tomando como modelo a un campesino o artesano. El cuerpo se representa totalmente extenuado y afligido por lo sufrido y en una actitud de agitación muy violenta. Pero no así, el carácter que

transmite es orgulloso y un enorme vigor, manifiesto en la expresión del rostro que mira ligeramente hacia arriba en busca del Padre, y de la tensión de los brazos. La expresión es extremadamente magistral. Anatómicamente, el cuerpo es perfecto y en cada detalle queda patente la maestría de los escultores. La sobresaliente hechura se manifiesta también en el paño de pureza de pliegues duros muy aristados. Para mayor realismo se sirven de elementos ajenos a la madera de la escultura como puede ser el cristal de los ojos, la corona de espinas o los dientes. Pero la maestría de la obra está en la instantaneidad del momento elegido, que encarna perfectamente la teatralidad propia del barroco de la contrarreforma. Cristo aparece con el tórax elevado, marcándose en éste la línea del diafragma exageradamente para expresar ese instante, ese momento, en el que toma aire por última vez mientras mira hacia arriba en un momento de extraordinario misticismo. Por último, hay que señalar, la excelente policromía la cual ayuda a ese realismo destacando el rojo de la sangre o detalles como la suciedad de los pies. Por último, señalar que, el Cristo de la Expiración es uno de los mejores crucificados del barroco español, equiparándolo sin prejuicios a cualquiera de los hechos por Gregorio Fernández, el mayor de los maestros escultores del barroco. A todo esto se suma la respetuosa devoción y admiración que le procesan sus fieles.

Vistas las que a nuestro parecer son las tallas más sobresalientes, no podemos dejar de lado la obra de la familia Tomé para el legado de la Semana Santa toresana. Entre las obras atribuidas a esta familia caben destacar tres: **La Oración en el Huerto**, en la cual aparece Cristo arrodillado frente al Ángel, el cual le ofrece el cáliz. El Ángel aparece sobre un tronco y mira directamente a la figura de Cristo. Lo más destacable de la talla se encuentra en el tratamiento del rostro de Cristo, bastante expresivo y barroco. Es en ese rostro donde se aprecian los detalles personales que nos introducen en el hacer de Antonio Tomé. Los ojos son rasgados, la nariz algo respingona, la barbilla y la perilla partida en dos y puntiaguda y el



cabello sobre la frente en mechones ondulantes y simétricos. Los paños y pliegues son pesados y se aprecia que no hubo un trabajo demasiado minucioso que se detuviera en pormenores. De estimable devoción popular la composición responde al encargo de una obra ajustada a un bajo precio. En ella se aprecia también la influencia de modelos pictóricos sobre el estilo de Antonio Tomé. Actualmente no conserva la policromía original, que tal vez subyace bajo la actual. De todas formas, la policromía sería sencilla de acuerdo con el carácter de la promoción; **La Flagelación** tiene el mismo origen que el paso de la Oración en el Huerto y se trata de un tema muy recurrido por su gran sentido teatral y efectista en la representación. Es uno de los tipos iconográficos que practicó Gregorio Fernández y del que hoy se conserva un ejemplo en Valladolid. La obra demuestra el conocimiento que Antonio Tomé debía de tener de la anatomía y de los tipos populares. Se trata de una composición trivial formada por Cristo atado a una columna truncada y tres sayones. Fue en el siglo XVII cuando se establece el modelo de Cristo atado a una columna truncada o media columna como demanda la iconografía contrarreformista, ya que anteriormente aparecía atado a una columna entera. Como hemos señalado, el modelo de Gregorio Fernández fue muy difundido en todo el territorio castellano. Escena de gran dramatismo y efectismo teatral se presenta un momento de tensión en el que Cristo es azotado por los tres sayones. La figura de Cristo nos remite rápidamente a los modelos comunes de Antonio Tomé, y especialmente se asemeja a la de **Cristo Resucitado** de la que hablaremos más abajo. Los mismos ojos rasgados, esquema triangular de boca y nariz respingona. Los cabellos caen en abanico divididos en dos sobre la espalda en esquemas simétricos. El rostro en actitud paciente y resignada. La postura incómoda que le obliga a adoptar la columna se manifiesta en la separación de las piernas para conseguir algo de estabilidad. La utilización de una anatomía endeble también es un rasgo propio de

Antonio Tomé. A esto se añade un tratamiento del paño de pureza muy ondeante e ingrávido. Completan la composición los tres sayones, rodeando a Cristo y con actitudes burlescas. De expresión caricaturesca al exagerar sus rasgos faciales rudos. Este rasgo también es muy propio de los modelos impuestos desde la escuela vallisoletana. Por último cabe destacar dentro de las creaciones de Antonio Tomé para la Semana Santa toresana la imagen de Cristo Resucitado. De que no era una imagen procesional nos habla el tratamiento del manto y la espalda de la figura poco trabajada, realizada solamente con un punto de vista frontal. Representa el acto mismo de la resurrección en el cual Cristo se alza triunfal, en actitud enérgica y bendiciendo. Es una composición barroca bastante atrevida y en movimiento que marca un eje serpentiforme y en contraposto, herencia del manierismo. De gran calidad es el trabajo del manto, que se riza en pliegues ondulantes e ingrávidos al viento. Su textura mantiene analogía con los utilizados por Ducete y Rueda en sus muchos ángeles custodios o en la imagen de Nuestra Señora de Arbas. De las características propias de Antonio Tomé también se presenta una anatomía y musculatura endeble. A todo ello se le añaden los particulares rasgos faciales que utiliza Antonio Tomé, en especial en esta imagen los ojos rasgados.

Son estas cinco imágenes, bajo mi humilde juicio las de mayor valor artístico de la Semana Santa de Toro. Tras estas sí me gustaría realizar una mención especial a una imagen que no procesiona pero que sí lo hizo en muchas ocasiones. Se trata del Cristo Yacente que conservan las madres mercedarias en el interior de su iglesia. Sin duda uno de los mejores de estas latitudes, y que se deba, muy probablemente a la mano de la familia Ducete, de época barroca temprana, estando incluso durante tiempo atribuido al mismísimo Gregorio Fernández. Invito a todo aquel que no lo conozca a realizar una visita al precioso convento de las mercedarias, que de entre todos los tesoros que guardan, este es sin duda uno de los más sobresalientes.





Junta
Pro-Semana
Santa
de
Toro



AYUNTAMIENTO DE
TORO

